

liolo que, como premio á mis fatigas, buscarse un anillo con un diamante del valor de doscientos escudos y que lo diese á Fiaschino su camarero, el cual me lo entregase á mí. Así se hizo. Dicho Fiaschino, la noche del día en que le hice entrega del medallón, me trajo á primera hora un anillo con un diamante dentro, el cual tenía gran apariencia, y dijo aquestas palabras de parte de su duque:

—Que aquella única habilísima mano que tan bien había obrado, en memoria de Su Excelencia con aquel diamante se adornase.

Al venir el día miré dicho anillo, el cual era un diamantejo sutil, por valor de unos diez escudos. Y como aquellas tan retumbantes palabras que el duque habíame mandado á decir no me persuadí de que envolvieran tan ínfimo premio, pensando el duque haberme satisfecho bien, é imaginándome que la truhanería sería cosa de aquel pícaro tesorero suyo, entregué el anillo á un amigo mío para que lo devolviese al camarero Fiaschino de cualquier modo que pudiera. Este fué Bernardo Saliti, quien desempeñó este oficio admirablemente.

En el acto vino dicho Fiaschino en mi busca, diciéndome con grandísimas exclamaciones cómo si el duque supiese que yo le devolvía un presente de aquel modo, lo llevaría muy á mal y acaso pudiera yo arrepentirme de ello.

A lo dicho repliqué cómo el anillo que Su Excelencia me había dado era del valor de unos diez escudos, y

cómo la obra que había yo hecho al duque valía más de doscientos. Mas, para mostrar á Su Excelencia que yo estimaba el acto de su fineza, que sólo me enviase un anillo de calambres (1), de aquellos que vienen de Inglaterra y valen menos de un *carlino*; ese lo guardaré en memoria de Su Excelencia mientras yo viviere, junto con aquellas honrosas palabras que Su Excelencia me había hecho trasladar; pues hacíame la cuenta de que el esplendor de Su Excelencia me había remunerado ámpliamente mis fatigas, mientras que aquella vil piedra era en vituperio suyo.

Aquestas palabras disgustaron tanto al duque, que éste llamó á su antedicho tesorero y le dijo tales improprios, como de allí atrás nunca le había dicho otros mayores; y á mí me envió á decir que, so pena de incurrir en su desgracia, no me partiese de Ferrara si él no me lo hacía saber; y á su tesorero le ordenó que me diera un diamante que llegase á trescientos escudos. El avaro tesorero buscó uno que excedía poco más de sesenta escudos, y dió á entender que dicho diamante valía más de doscientos.

(1) Parece debe entenderse ciertos anillos metálicos tenidos aún hoy por útiles para aquellas contracciones fibrilares y espasmódicas de los músculos, llamadas *calambres*. Véase si es antigua la *metaloterapia*, que se presenta como una modernísima conquista hecha por la ciencia médica, con el nombre de *Burquismo*.

## VIII.

Entre tanto el supradicho señor Alberto, había tornado al buen camino y habíame provisto de todo aquello cuanto habíale yo pedido. Estaba dispuesto aquel día á partirme de Ferrara de cualquier modo, mas aquel diligente camarero del duque había ordenado con dicho señor Alberto que por aquel día no tuviese yo caballos. Había cargado un mulo con muchos bagajes míos y juntamente con ellos había encajonado aquellas fuente y jarra que hecho había para el cardenal.

En esto sobrevino un hidalgo ferrarés, el cual se llamaba señor Alfonso de Trotti. Aqueste hidalgo era muy viejo, persona afectuosísima y que se deleitaba grandemente con las cosas de mérito; mas era una de esas personas difícilísimas de contentar, y que si por ventura llegan á ver alguna cosa que les plazca, se la pintan en su cerebro tan excelente, que jamás piensan volver á ver otra cosa que sea de su agrado. Llegó aqueste señor Alfonso, por lo cual díjole el señor Alberto:

—Duéleme que hayais venido tarde, porque ya están guardados aquella fuente y aquél jarro que enviamos al cardenal á Francia.

Este señor Alfonso dijo que no se curaba de ello; y llamando á un servidor suyo le mandó á su casa, el cual trajo una vasija de tierra blanca, de esa tierra de

Faenza, con suma delicadeza labrada; mientras que el servidor fué y volvió, aqueste señor Alfonso decía al señor Alberto:

—Quiero deciros por qué yo no me curo ya de ver más vasos: y es porque ví una vez uno de ellos de plata, antiguo, tan bello y tan asombroso, que la imaginación humana no alcanzaría á pensar en tanta excelencia; y por ese motivo no me curo de ver otra cosa tal, á fin de que ésta no me eche á perder la maravillosa imaginación de aquél. Ocurrió que un gran hidalgo, aficionado, fué á Roma por algunos negocios suyos y secretamente le mostraron aqueste vaso antiguo; á fuerza de una gran cantidad de escudos corrompió á quien lo guardaba y se lo trajo consigo á aqueste nuestro país; mas lo tiene bien secreto, no lo sepa el duque, pues tiene miedo de perderlo de cualquier modo.

Mientras este señor Alfonso contaba aquestas sus largas fábulas, no se guardaba de mí, que estaba presente, porque no me conocía. Entretanto, compareció aquél bendito modelo de barro, descubierto con mucha bambolla, charlatanería y pompa; tan pronto como lo ví, volviéndome al señor Alberto, dije:

—¡Bienaventurado también yo que lo he visto!

Enfurecido el señor Alfonso, con alguna palabra injuriosa, dijo:

—¿Quién eres tú, qu e no sabes lo que dices?

A esto repliqué yo:

—Escuchadme ahora, y luego veréis quién de los dos sabrá mejor lo que se dice.

Y volviéndome hacia el señor Alberto, persona muy grave é ingeniosa, dije:

—Aqueste es un vasito de plata de tanto peso, el cual hice en tal tiempo para aquel charlatán maestro cirujano Jacobo de Carpi, quien estuvo en Roma seis meses, y con una unción suya estropeó á muchas decenas de señores y pobres hidalgos, cobrándoles muchos millares de ducados. Por aquel tiempo hice este vaso y otro diverso de aqueste; y él me pagó uno y otro entonces muy mal (1); y aún están en Roma todos aquellos desventurados á quienes ungió, estropeados y maltruchos. Para mí es grandísima gloria que mis obras gocen de tanto renombre entre vosotros los señores ricos; mas en verdad os digo, que al cabo de tantos años acá me he afanado cuanto he podido por aprender; de modo que pienso cómo aquel vaso que llevo á Francia es mucho más digno del cardenal y del rey que lo fué aquél de vuestro medicastro.

Dicho que hube aquestas mis palabras, aquel señor Alfonso parecía propiamente como si se consumiera de los deseos de ver la fuente y el jarro, lo cual de continuo le negué. Después que hubimos estado disputando una pieza sobre esto, dijo que iría á hablar de ello al duque, y por medio de Su Excelencia los vería. Entonces el señor Alberto Bendedio, que era muy soberbio, como llevo dicho, exclamó:

(1) Cellini olvida haber dicho en el libro I, cap. XXVIII, que Jacobo Berenguer de Carpi le pagó muy bien estos vasos.

—Antes de que os partáis de aquí, señor Alfonso, lo veréis sin apelar á los favores del duque.

A estas palabras, me marché y dejé que se lo enseñasen Ascanio y Paulo; el cual dijo luego que habían dicho cosas grandísimas en mi elogio. Quiso después el señor Alfonso que yo me quedase con él á su servicio, por lo que me pareció tardar mil años en salir de Ferrara y apartarme de su presencia.

Todo cuanto allí habíame ocurrido de bueno, fué el trato con el cardenal Salviati, con el cardenal de Rávena (1) y algunos otros de aquellos excelentes músicos (2), y nada más; porque los ferrareses son gentes avarísimas y les gustan los bienes ajenos de todos los modos como puedan apoderarse de ellos.

A la hora veintidos presentóse el supradicho Fiaschino y me puso en el dedo el diamante mencionado del valor de unos sesenta escudos, diciéndome con faz melancólica y breves palabras que llevase aquél por amor de Su Excelencia.

A lo cual respondí:

—Así lo haré.

Poniendo los pies en los estribos á presencia suya, emprendí mi viaje para irme; notó el acto y las palabras, y referidos al duque, fué tal su cólera, que tuvo grandísimos deseos de hacerme volver atrás.

(1) El cardenal Juan Salviati, arzobispo de Ferrara; y el cardenal Benedicto Accolti, arzobispo de Rávena, á la sazón en Ferrara.

(2) Advierte Carpini que por aquel tiempo florecía mucho la música en Ferrara, donde había excelentes maestros.

## IX.

Adelanté durante aquella noche más de diez millas, siempre al trote; y cuando al otro día estuve fuera del país ferrarés, sentí por ello muy gran placer; pues, aparte de aquellos pavipollos que comí y fueron causa del recobro de mi salud, aparte de esto, no conocí ninguna otra cosa buena. Hicimos el viaje por el Monte Cenis, no tocando en la ciudad de Milán por la sospecha antedicha (1), de modo que sanos y salvos llegamos á Lyon.

Junto con Paulo y Ascanio y un sirviente, éramos cuatro con cuatro cabalgaduras bastante buenas. Llegados á Lyon, nos detuvimos algunos días para esperar al mulero que conducía aquella fuente y aquel jarro de plata, á la vez que otros bagajes nuestros; nos alojamos en una abadía (2), que era del cardenal. Llegado que fué el mulero, pusimos todas nuestras cosas en una carreta y la hicimos encaminarse por la vuelta de París; así anduvimos hacia París, ocurriéndonos por el camino algún trastorno, mas no fué muy notable.

Encontramos la corte del rey en Fontainebleau; hicímonos ver del cardenal, quien de seguida nos hizo consignar alojamiento, y por aquella noche descansamos

(1) La de que le alcanzasen é hicieran volver atrás por orden del duque Hércules II.

(2) La abadía de Esnay.

bien. Al otro día llegó la carreta; y tomando nuestras cosas, súpolo el cardenal y se lo dijo al rey, el cual en el acto quiso verme.

Fuí á ver á Su Majestad con dichas fuente y jarra, y llegado á su presencia le besé la rodilla, y él gratisimamente me acogió. En tanto que dí gracias á Su Majestad por haberme libertado de la cárcel (diciéndole que todo príncipe bueno y único en el mundo, como lo era Su Majestad, estaba obligado á hacer libres á los hombres aptos para cualquiera cosa, y mucho más si eran inocentes como yo; que aquellos beneficios eran los primeros escritos en el libro de Dios, antes de cualquier otro que hacerse pudiese en el mundo), aqúeste buen rey me estuvo escuchando hasta que acabé de hablar, con suma cortesía y algunas palabras dignas de él sólo. Acabado que hube, tomó el jarro y la fuente, y luego dijo:

—En verdad que tan hermoso estilo de obra no creo que por los antiguos se viese; porque bien me acuerdo de haber visto todas las mejores obras y por los mejores maestros hechas de toda Italia, mas nunca ví cosa que me admirase tan grandemente como aquesta.

Dicho rey habló estas palabras en francés al cardenal de Ferrara, con otras muchas mayores que aquestas. Volviéndose luego á mí, hablóme en italiano, y dijo:

—Bienvenido, pasad el tiempo gozosamente algunos días, confortaos el ánimo y atended á trataros bien; entre tanto, Nos pensaremos en daros todas las comodidades para que podáis hacer alguna bella obra.

## X.

Habiendo el cardenal de Ferrara visto que el rey había recibido grandísimo placer con mi llegada, así como que con aquellas pequeñas obras el rey habíase prometido poder cumplir su deseo de hacer ciertas grandísimas obras que tenía en ánimo; por ese motivo, durante aqueste tiempo en que viajábamos en pos de la corte, puede decirse que llenos de tribulaciones (1) (y la causa de éstas es que el séquito del rey lleva tras de sí continuamente doce mil caballos; y esto es lo de menos, pues cuando la corte en tiempo de paz va toda entera, llegan á ser dieciocho mil; de modo que siempre vienen á ser más de doce mil; por lo cual íbamos en seguimiento de dicha corte por lugares tales, donde algunas veces apenas había dos casas; y á la manera como lo practican los zingaros, hacíanse tiendas de lienzo y muchas veces se padecía bastante), por lo mismo apremiaba yo al cardenal á fin de que éste incitase al rey á que me mandara á trabajar.

El cardenal me decía que lo mejor en este caso era esperar á que el rey por sí mismo se acordase de ello, y que me dejara ver yo alguna vez de Su Majestad, mientras que comía. Hícelo así, y una mañana me llamó

(1) El verbo principal de esta oración es *apremiaba*, que viene después del larguísimo paréntesis explicativo de los percances del viaje regio.

el rey cuando su almuerzo; comenzó á hablar conmigo en italiano, y dijo que tenía el ánimo de hacer muchas grandes obras y que presto me daría órdenes de adonde tenía yo que trabajar, proveyéndome de todo aquello que me hiciera falta; con otros muchos razonamientos de agradables y diversas cosas.

Estaba presente el cardenal de Ferrara, porque casi de continuo comía por la mañana en la mesa del rey; habiendo escuchado todas aquestas razones, y levantado el rey de la mesa, el cardenal de Ferrara dijo á mi favor, por cuanto me fué referido:

—Sacra Majestad, aqueste Bienvenido tiene muchas ganas de trabajar; y casi pudiera decirse que es pecaminoso hacer perder tiempo á semejante genio.

El rey contestó que había hablado bien, y que conviniere conmigo todo aquello que yo quisiera para mi pensión. El cual cardenal, á la noche siguiente de la mañana en que había recibido el encargo, hízome llamar después de la cena y me dijo de parte de Su Majestad, cómo Su Majestad había resuelto que yo pusiera mano al trabajo; mas primero quería que supiese yo cuál iba á ser mi pensión. A esto dijo el cardenal:

—Paréceme que Su Majestad os pensiona con trescientos escudos al año, que muy bien podréis ahorrarlos; en su consecuencia os digo, que dejéis esto á mi cargo, porque todos los días hay ocasión de poder ganar en este gran reino, y yo siempre os ayudaré admirablemente.

Entonces repliqué yo:

—Sin que yo preguntase nada á Vuestra Señoría reverendísima, cuando me dejó en Ferrara, prometiéndome que no me sacaría jamás de Italia sin que antes no supiera yo todo el modo cómo con Su Majestad había yo de estar. Vuestra Señoría reverendísima, en vez de mandarme á decir el trato que se me iba á hacer, mandó expresa comisión de que me viniese por la posta, como si tal arte en posta se hiciera; que si me hubierais mandado á decir de trescientos escudos, como ahora me decís, no me hubiera movido ni por seis (1). Mas doy por todo gracias á Dios y á Vuestra Señoría reverendísima también, porque os ha empleado Dios por instrumento para un bien tan grande cual ha sido mi liberación de la cárcel. Por tanto, digo á Vuestra Señoría que todos los grandes males que por vos me pudieran venir no lograrían alcanzar á la milésima parte del gran bien que de vos tengo recibido; con todo mi corazón os lo agradezco, y tomo buena licencia; y donde yo esté, siempre y mientras viva, por vos tengo de rogar á Dios.

Airado el cardenal, dijo con cólera:

—Vete donde quieras, porque á la fuerza no se le puede hacer bien á nadie.

Algunos de aquellos ganapanes cortesanos suyos decían:

—A éste le parece que es una gran cosa, puesto que rehusa trescientos ducados de ingreso.

(1) Entiéndase "seiscientos escudos".

Otros, de los sensatos, decían:

—El rey no encontrará nunca uno como él; y aqueste nuestro cardenal quiere regatearlo, cual si fuese una carga de leña.

Así habló el señor Luis Alamanni, según me refirieron que dijo. Aquesto fué en el Delfinado, en un castillo de cuyo nombre no me acuerdo; y sucedió el día último de Octubre.

## XI.

Partiéndome del cardenal, me marché á mi alojamiento á tres millas de allí, junto con un secretario del cardenal que al mismo alojamiento también iba. Durante todo aquel viaje no dejó dicho secretario de preguntarme qué iba á hacer de mí, y cuál hubiera sido mi deseo en cuanto á la pensión que apetecía. No le respondí otra cosa que estas palabras:

—Todo me lo sospechaba.

Luego que llegué al alojamiento, encontré á Paulo y Ascanio, que allí estaban; y al verme turbadísimo, instáronme á que les dijese lo que tenía; y viendo asustados á los pobres jóvenes, les dije:

—Mañana os daré los dineros necesarios para que cómodamente podáis volveros á vuestras casas; y yo iré sin vosotros á un asunto mío importantísimo, que desde muy atrás tengo ánimo de hacer (1).

(1) Como se verá más adelante en este mismo capítulo, Cellini se refería al *Crucifijo de marmol* que hizo 20 años después.

Hallábase nuestra estancia pared por medio con la de dicho secretario, y tal vez fuera posible que se lo escribiese al cardenal todo aquello que tenía yo el ánimo de hacer; si bien jamás de ello supe nada. Pasóse la noche sin dormir, y parecíame tardarse mil años en que se hiciera de día, para poner en planta la resolución que acerca de mí había hecho.

Al rayar el alba puse en orden los caballos y yo también me arreglé con presteza; dí á aquellos jóvenes todo cuanto había llevado conmigo y más de cincuenta ducados de oro; otro tanto guarde para mí, además de aquel diamante que me había dado el duque; sólo dos camisas llevé de allí y ciertas no muy buenas ropas de cabalgar, que tenía puestas. No podía despedirme de los dos jóvenes, quienes querían venirse conmigo de cualquier modo; por lo que les avergoncé diciéndoles:

—Uno tiene la primera barba y el otro poco á poco empieza á tenerla, y habéis aprendido de mí tanto de aqueste pobre arte cuanto he podido enseñaros, hasta el punto de que sois hoy los primeros jóvenes de Italia; ¿y no os avergonzáis de no tener ánimo para salir del carrito de niño que siempre os conduce? Aquesta es una vil cosa; pues, si yo os dejase marchar sin dineros, ¿qué diríais entonces? Quitaos ahora de mi vista y que os bendiga Dios mil veces; adios.

Volví el caballo y los dejé llorando. Tomé por una bellísima senda de un bosque, para alejarme aquella jornada cuarenta millas por lo menos, á un sitio el más incógnito que pensar pudiese; habíame ya alejado cer-

ca de dos millas, y durante aquel corto trayecto había resuelto no practicar más en parte alguna donde fuere yo conocido, ni quería trabajar en otra obra sino en un Cristo de tres brazas de grandor (1), tratando de aproximarme todo lo más que pudiese á aquella infinita belleza que él mismo habíame mostrado (2). Habiéndome ya resuelto del todo, me fuí de allí para encaminarme al Sepulcro (3).

Cuando creí haberme alejado tanto que ninguno pudiese ya encontrarme, sentí en esto correr caballos detrás de mí; hiciéronme entrar algún tanto en sospechas, porque en aquella parte hay ciertas partidas de bandidos, los cuales se llaman aventureros, que muy á su gusto asesinan por los caminos; y si bien todos los días ahórcanse bastantes de ellos, casi parece que de tal cosa no se curan. Acercándoseme más aquellos, conocí que eran un enviado del rey, juntamente con mi mancebo Ascanio; y al llegar aquél junto á mí, dijo:

—De parte del rey os digo como con presteza os lleguéis á él.

Al cual hombre contesté:

—Tú vienes de parte del cardenal; por eso no quiero ir.

El hombre dijo que puesto que yo no quisiese ir por

(1) Este es el que hizo al cabo de 20 años y existe hoy en el trascoro del Escorial. ¡Cuán larga gestación la del arte!

(2) En la visión que tuvo en la cárcel, según refiere en el lib. I, cap. CXXII. Quizá entonces le ocurrió la idea del *Crucifijo*.

(3) Suponemos que al Santo Sepulcro, en Jerusalén.

buenas, tenía autoridad para mandar al pueblo, quien me pondría atado como prisionero. También Ascanio me rogaba cuanto podía, recordándome que cuando el rey ponía á uno en prisiones, tardaba por lo menos cinco años en resolverse á sacarlo de ellas. Aquesta palabra de las prisiones, haciéndome acordar de la de Roma, puso en mí tal espanto, que prestamente volví el caballo adonde el enviado del rey me señaló. El cual, siempre gruñendo en francés, no paró un punto durante todo aquel viaje hasta que me hubo conducido á la corte: ora me regañaba, ora me decía una cosa ú otra capaz de hacerme renegar del mundo.

## XII.

Cuando hubimos llegado á los alojamientos del rey, pasamos por delante de los del cardenal de Ferrara. Estando el cardenal en la puerta, me llamó y dijo:

—Nuestro rey Cristianísimo por sí mismo os ha señalado igual pensión que Su Majestad daba al pintor Leonardo de Vinci, la cual es de setecientos escudos al año; y además os paga todas las obras que le hagáis; también por vuestra venida os regala quinientos escudos de oro, los cuales quiere que se os paguen antes de que os partais de aquí.

Acabado que hubo de hablar el cardenal, respondí que aquellas eran ofertas dignas del rey que era aquél. El enviado del rey, sin saber quién era yo, viendo que

se me hacían aquellas grandes ofertas de parte del rey, me pidió muchas veces perdón. Paulo y Ascanio exclamaron:

—Dios nos ha ayudado á tornar en tan honroso carrito.

Al día siguiente fuí á dar gracias al rey, quien me ordenó que le hiciese los modelos de doce estatuas de plata, las cuales quería que sirviesen para doce candeleros en torno de su mesa; y quería que en ellos fuesen figurados seis Dioses y seis Diosas de igual grandor que Su Majestad, quien era poco menos de cuatro brazas de alto.

Dado que me hubo aquesta comisión, volviése al tesorero de los ahorros y le preguntó si me había pagado los quinientos escudos. Dijo que no se le había dicho nada. El rey lo tuvo muy á mal, pues había encargado al cardenal que se lo dijese. También me dijo que me fuese á París y buscase la estancia á propósito para hacer tales obras, porque me la haría dar. Tomé los quinientos escudos de oro y me fuí á París á una estancia del cardenal de Ferrara; y allí en el nombre de Dios comencé á trabajar é hice cuatro pequeños modelos de cera de dos tercios de braza cada uno: Júpiter, Juno, Apolo y Vulcano.

En este intermedio el rey fué á París; por lo cual fuí á visitarle y llevé conmigo dichos modelos juntamente con aquellos mis dos jóvenes, á saber, Ascanio y Paulo. Visto que hube cómo el rey estaba satisfecho de dichos modelos, y recibido su mandato de que hiciese primero



el Jove de plata de la antedicha altura, manifesté á Su Majestad cómo aquellos dos mencionados jóvenes habíalos yo traído de Italia para el servicio de Su Majestad; y como yo los había aleccionado, por aquestos principios me serían ellos de mejor ayuda que los de la ciudad de París. Díjome el rey á esto que señalase yo á los susodichos dos jóvenes tal salario cual me pareciese les bastara para poderse mantener. Dije que cien escudos de oro para cada uno era bastante, y que yo les haría ganar muy bien tal salario. Así pues, quedamos acordes.

También dije que había yo encontrado un lugar el cual me parecía muy apropósito para hacer en él tales obras; dicho lugar era de Su Majestad en particular, llamado el pequeño Nesle (1) y lo tenía entonces el preboste de París (2), á quien Su Majestad se lo había dado; mas como aqueste preboste no se servía de él, Su Majestad podía darmelo á mí, que lo emplearía para su servicio. El rey contestó en el acto:

—Aqueste lugar es casa mía, y sé bien que aquel á quien lo dí no lo habita ni de él se sirve; por ese motivo os serviréis de él para nuestros asuntos.

Y en seguida mandó á su lugarteniente que me pusiera en posesión de dicho Nesle. El tal hizo alguna re-

(1) En el famoso castillo de Nesle (dividido en *Grand-Nesle* y *Petit-Nesle*) está hoy establecido el Instituto de Francia, como antes lo estuvo el Colegio Mazzarino, y la casa de Moneda.

(2) Por aquel tiempo era preboste de París Juan de Estouville, Señor de Villebon y de otros lugares.

sistencia, diciendo al rey que no lo podía hacer. A esto respondió el rey con cólera que quería dar sus cosas á quien á él pluguiese y á hombre que le sirviera, pues de éste nada se servía; motivo por el cual no le hablase más de tal cosa. Entonces replicó el lugarteniente que sería de necesidad usar un poco de fuerza. A lo cual dijo el rey:

—Andad ahora, y si no es bastante la pequeña fuerza, emplead la grande.

En seguida me condujo al lugar, y tuvo que usar de la fuerza para ponerme en posesión; después me dijo que tuviera muchísimo cuidado de no ser allí muerto. Entré dentro é inmediatamente tomé servidores y compré buena provisión de lanzas, y muchos días estuve con grandísimo disgusto; porque aqueste era un gran señor parisiense y los otros gentilhombres eran todos enemigos míos, de modo que me lanzaban tantos insultos, que yo no podía resistir.

No quiero dejar en el olvido que por aqueste tiempo en el cual me acomodé con Su Majestad, corría precisamente el milésimo del año 1540, en que mi edad justa era la de los cuarenta años.

### XIII.

Por aquestos grandes insultos me volví al rey, rogando á Su Majestad que me acomodase en otra parte; palabras á las cuales me contestó el rey:

—¿Quién sois y cómo os llamáis?

Quedé muy confuso y sin saber aquello que el rey quería decir; y estándome así quedo, el rey otra vez replicó casi airado las mismas palabras. Entonces respondí que me llamaba de nombre Bienvenido. Y dijo el rey:

—Pues entonces, si sois aquel Bienvenido de quien tengo noticia, obrad según vuestra costumbre, que para hacerlo os doy plena licencia.

Dije á Su Majestad cómo me bastaba sólo con mantenerme en su gracia, pues del resto no conocía yo cosa alguna que pudiera ser en mi daño. Sonriéndose el rey un poquito con sorna, dijo:

—Andad, pues, y mi gracia nunca os faltará.

En seguida me asignó á un primer secretario suyo, el cual se llamaba monseñor de Villeroi (1), para que diese órdenes de hacerme proveer y acomodar en todas mis necesidades. Este Villeroi era muy grande amigo de aquel gentilhombre llamado el preboste, de quien era el susodicho lugar de Nesle.

Este lugar era de forma triangular, y estaba pegado á los muros de la ciudad, y era un antiguo castillo, mas no había guardia en él; era bastante grande. Aqueste referido monseñor de Villeroi me aconsejaba que buscase yo cualquiera otra cosa, y que lo abandonase de todos modos; porque aquel de quien era, hombre de grandísimo poder era, y de seguro me habría hecho matar.

(1) Nicolás de Neufville, señor de Villeroi.

A lo cual respondí cómo había yo ido de Italia á Francia sólo por servir á aquel portentoso rey; y en cuanto al morir, estaba cierto que de morir había, y un poco antes ó un poco después no se me importaba un bledo. Este Villeroi era hombre de grandísimo ingenio y admirable en todas sus cosas, inmensamente rico; no había en el mundo cosa que él no hubiese hecho por molestarme, mas no lo demostraba nada; era persona grave, de hermoso aspecto, hablaba despacio.

Dió comisión á otro gentilhombre, que se llamaba monseñor de Marmaña (1), quien era tesorero de Lenguaudoc. Aqueste hombre, la primera cosa que hizo fué escoger las mejores estancias de aquel lugar y hacer acomodarlas para él; al cual dije que aquel lugar me lo había dado el rey para que le sirviese, y que allí no quería que habitasen otros sino yo y mis servidores. Este hombre era soberbio, audaz, animoso, y me dijo que quería hacer cuanto le pluguiese, y que yo pegaba con la cabeza en la pared queriendo obrar en contra de él, y que todo aquello que él hacía había tenido comisión de Villeroi para poderlo hacer. Entonces dije que yo había tenido comisión del rey para que ni él ni Villeroi pudieran tal cosa hacer.

Cuando pronuncié estas palabras, aqueste hombre soberbio díjome en su lengua francesa muy feas palabras; á las cuales respondí en mi lengua, que mentía. Lleno de ira, hizo además de echar mano á una daga

(1) El señor de Marmagne Francisco L'Allemand.